

Relatos del desierto: La tragedia de Rosendo Espitia

■ ■ Amador Peña Chávez*

A l contemplar el cuerpo de Rosendo en la modesta caja de muerto, limpio y con la mejor ropa que encontró, Rosario, su viuda, jamás podía olvidar como se lo trajeron a su casa y la fuerte impresión que le causó verlo, sangrante con ocho balas en el cuerpo, una de ellas, certera en el mero corazón. Retumbaban en su oído todavía las palabras que le dijo su viejo tío Santos, recriminándola en lugar de darle consuelo:

—Cuando te encaprichaste con este muchacho, te advertí que no te convenía, porque era licenciado, de muy mal proceder, que por sus andares no iba a terminar bien, aquí lo tienes; cómo me hubiera gustado equivocarme, pero los años le enseñan a uno a sacar por el hilo el ovillo. ¿Te acuerdas, — concluyó contundente — cuando te advertí que con éste ibas a tener la misma suerte de tu madre? Pos' ahí está.

Rosario no había conocido a su padre, don Anselmo Esparza. Cuando ya grandecita preguntaba por él, simplemente le respondían que había muerto hacía mucho. Cuando interrogaba a sus tías que la criaron ¿cómo había sido su muerte?, éstas le respondían cortantes:

—Murió y nomás.

Claro, cómo iban a explicarle a la inocente muchacha que su padre por un enredo de amores, lo habían “venadeado” cuando venía de la labor. Ellas tan mojigatas y cristianas no cometerían el sacrilegio de revelar la verdadera historia, ni menos pronunciar las palabras para ellas pecaminosas de asesino, pendero y enamorado; cuando pasó esto, ella tenía cinco años apenas. Al escuchar del viejo tío aquello de:

*Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

“murió como tu padre”, entendió lo sucedido, aunque lo sospechaba, a pesar de que las solteronas tías habían cuidado esmeradamente de que las habladurías de la gente del pueblo no llegaran a sus oídos.

Doña Pura Cardona, su madre, poco después de aquel horrible crimen, murió; las comadres decían que había muerto del pesar tan grande, pero vaya usted a saber, con tantas enfermedades que en aquel tiempo ni se conocían. Desde entonces, por encomienda y último deseo de Pura, sus tías se hicieron cargo de la pequeña Chayo. Creció en ese ambiente rezadero y tradicional, donde recibió una formación exageradamente estricta. Con el tiempo, las tías hicieron de ella una muchacha con grandes valores y virtudes cristianas, pero apocada y sumisa. Hubieran visto los galios, soponcios y desmayos que sufrieron las viejas puritanas cuando se enteraron de que la Chayo y Rosendo se entendían, se les cayó el cielo encima. Ni con las veladoras a todos los santos que encontraron, ni con las misas que pagaron para que obrara el milagro, lograron quitárselo de la cabeza y que se alejara de él.

—Eres tan obstinada como tu padre —fue lo último que le ventiló enojada la tía Ernestina.

Rosario se arrodilló lentamente, para quedar justo en la cabecera de la caja que permanecía en el piso, la luz débil del foco iluminaba apenas el rostro de Rosendo.

—Mi amor, si parece que estuvieras dormido —le dice con ternura infinita, acariciándole el rostro—. Yo misma te lavé y arreglé, como a ti te gustaba; qué mal venías, Rosendo. [No puede desprender de su mente las escenas de cuando lo trajeron].

—¿Dónde ponemos el cuerpo, señora? —solicitó con frialdad el comandante, acostumbrado a estos menesteres.

—Pues ahí en su cama, dónde más.

Los de la comandancia bajaron de una destartalada camioneta el cuerpo del infortunado, ya para entonces, la noticia era conocida en toda la región, la gente del barrio se encontraba afuera de la casona de la mujer legal de Rosendo Espitia.

—Mira Chayo, —le cuchicheó una vieja a otra.
—Parece como si nada.

—Sí —advierde la otra— ¿por qué no llora?

Rosario, una vez colocado el cadáver sobre la cama, cerró la puerta inmediatamente después que salieron los guardias municipales, acomodó su cuerpo como lo hiciera muchas veces cuando llegaba borracho; le quitó con mucho cuidado las botas, pidió trapos, toallas, agua y jabón y empezó a quitar la sangre, se le hizo mucha, eso que el médico legista había ordenado horas antes que le dieran una limpiadita para que la familia no se impresionara. Enrolló unos pedazos de tela para introducirlos en los orificios ocasionados por las balas.

—Mira cómo te dejaron los infelices, Rosendo, si con ésta tenían para matarte —dice, mientras coloca el primer tapón en el corazón.

Lo fue limpiando con mucho cuidado mientras escurría las toallas en el cedrón del agua. Con esencia de amole le lavó el cabello y la cara, al aromatizarlo, le acomodó el bigote como a él le gustaba traerlo, “caído, pa’ que me tengan miedo”, como una vez se lo comentó. La vida descuidada que llevaba, desde que se fue de la casa, hacía que Rosendo luciera como cuando lo conoció Rosario, muy delgado, así es que la ahora viuda, la oficial, por que dejó otras por ahí, no tuvo dificultad para ponerle aquel traje que lució en la boda. Le quitó las bolitas de alcanfor y lo cepilló con cuidado. ¿Cuánto había significado para ella?, durante las ausencias de su marido, abrazada a estas prendas durmió tantas veces. Se lo puso detenidamente, como cuando le ayudaba a vestirse para que éste se fuera “por ahí” como le respondía, cuando Chayo le preguntaba que a dónde iba tan perfumado.

Los viajeros que venían del Cedral o de Santiago por la noche, si veían la luz prendida en San Francisco, sabían que por costumbre de aquellos tiempos, se podía tratar de una boda o de un velorio, porque la planta de luz se apagaba a las 10 de la noche. Los amigos del difunto solicitaron al dueño de

la planta que proporcionaba el servicio eléctrico para que el señor Murillo, el carpintero, terminara de hacer la caja de madera. Afuera, la gente arremolinada, llevando unas veladoras encendidas y unas flores del campo, esperaban que Rosendo fuera tendido para iniciar la velación correspondiente. Rosario parecía no tener prisa alguna, menos para dejarlo a expensas del viejerío que siempre había hablado tan mal de él. En el pueblo todo era alboroto, dadas las circunstancias de la muerte de Rosendo quien a pesar de sus defectos tenía la estima de muchos.

Como a la una de la madrugada, llegó a la casa el carpintero con el féretro, él mismo ayudó a Rosario a acomodar el cuerpo que ésta se había esmerado en dejarlo presentable; en el jardincito interior estaban los familiares más cercanos, que eran unos cuantos, además del Padre Ramiro y el doctor Jiménez, por si se necesitaba; pasando el zaguán grande, el resto de la gente esperaba que la Chayo, como dijo una señora: “se dignara dejarlos entrar”. Eso sí, a la recámara, salvo el cura, quien estuvo unos momentos aplicando los santos óleos y la propia Rosario, no estuvo nadie más. Cuando las tías intentaron entrar, la mujer las detuvo, echándoles en cara:

—Para qué quieren verlo, si ustedes nunca lo quisieron.

Mientras lo arreglaba, recordó muchas cosas, mira a Rosendo bailando con ella en las fiestas Patronales de San Francisco, luego, la declaración de amor acompañada de un ramito de flores; a pesar de la brusquedad e incultura del muchacho, Rosario quedó impactada con él, las palabras pobretes y recias que le expresaba, le parecieron muy tiernas y amorosas. “Pos pa’ ti Chayo, la más bonita de las mujeres, porque te me has metido aquí” y le señalaba el corazón, ahora atravesado por un enorme hoyo, provocado por la bala de grueso calibre. Cuando las tías se enteraron por boca del tío Santos de que ya eran novios y que planeaban casarse, se armó la tremolina en la casa.

—Es el Apocalipsis —expresó contundente la tía Evangelina.

—Con ese no, no es de nuestra clase, sabrá Dios quién será, pero lo peor, la famita que tiene. — Agregó.

Recordó cuando estuvieron en Santiago, donde Rosendo compró botas y sombrero, después, un tiempo de calma para las tías que creían inocentemente que el muchacho la había dejado tranquila, pero la verdad era que se había ido al “otro lado”:

—Pa’ juntar buenos dólares para el casorio, Chayo. Cómo ves si lo hacemos pasando las fiestas del San Francisco, el pueblo ya está más sosegado.

Ante el inminente casamiento, la tía Juvencia le pidió a Rosario encarecidamente que no se casara por la iglesia, así le quedaba la posibilidad de hacerlo por ésta en otra ocasión por si le iba mal, pero Evangelina puso el grito en el cielo arguyendo:

—Somos una familia cristiana, si hay boda tendrá que ser por la iglesia, así dice el mandato de nuestra religión.

Ante viento y marea, por fin se casaron. La familia de Rosario integrada por sus tíos: Juvencia, Evangelina y Santos, convinieron que se llevara a cabo, sin tanto alboroto, sólo los más cercanos parientes y una que otra amistad:

—En familia pues —manifestó don Santos, el hombre de la casa, alisándose el bigote.

Pero resultó que los allegados del novio eran muchos: los que venían del Cedral, los Espitia del Alicoche, toda la parentela de Santa Cruz, que eran muy argüenderos y vinieron en caravana, sin contar también a los que vivían en San Francisco que no eran pocos. Se cerró la calle que lució adornada con un cerco grande de carrizo con arcos de palmas, tendidas de lado a lado de la calle, festones multicolores y encajes de papel de china. El conjunto que amenizó vino directamente desde Santiago. La madrina de arreglo confeccionó con platos de cartón elegantes medallones plateados con las iniciales R y R en diamantina, al centro de un corazón.

Rosario repasó, negando con la cabeza, lo que alcanzó a escuchar de las mujeres: “Pos mira la Chayo, no llora, pos qué tiene ésta tú”. Las comadres medio la disculparon porque pensaron que era natural, por la impresión, o porque todavía no “le caía el veinte” la muerte de Rosendo. Lloró mucho cuando empezó a dudar de las justificaciones que le daba, las veces que le pedía cuentas por sus frecuentes salidas y la habladería de la gente. Al recriminarle los

hechos, la respuesta era siempre la misma:

—Mira Chayo, yo te cumplo en la casa ¿o no? Lo de allá afuera, no es tu cuento, olvídale.

Lloró mucho cuando desesperada, lo aguardó varios días, hasta que sus amigos lo llevaran inconsciente y con evidentes manchas de colorete. Lloró mucho cuando lo de la Leticia, una muchacha del Cedral que andaba en romances con él. Luego de otra y de otra hasta que un día preparó su maleta y abandonó la casa que le había puesto, donde siguió viviendo y esperando, porque sus tías no la quisieron recibir. También, la vez que hizo el intento de buscar refugio con ellas, Evangelina que era la más enérgica y difícil de carácter le aclaró:

—Mira mi’ hija, tú sabías como era Rosendo, te lo dijimos tantas veces, sin embargo, te encaprichaste con él, ahora o lo metes en cintura o te aguantas, no olvides que te casaste por la iglesia, su mandato ordena que cuando una se casa, es para siempre, hasta que la muerte los separe. Te queremos mucho, pero el matrimonio no es un juego, es tu esposo ante la ley, pero sobre todo ante Dios, así es que vete a tu casa, en nuestra familia nunca ha habido, ni dejadas ni divorciadas.

Regresó a su casa, allí estaba su destino, viviendo, con lo poquito que le mandaba Rosendo, pero sobre todo con algunas costuras y dulces de nuez que le permitían ir la pasando. Lloró, como jamás lo hubiera hecho, cuando nació Rosendito, aunque le mandó avisar a su padre, éste no llegó nunca. La tía Juvencia, buena para esos menesteres, le ayudó en el parto. Fue el último llanto de Rosario, quedó convencida que ya no podía hacerlo, aunque quisiera, se le habían secado los ojos y acabado las lágrimas.

Ahora, sola, frente al cuerpo inerte de quien fuera su marido por las dos leyes, se acercó a su rostro, le acarició suavemente el cabello y le besó la frente rígida.

—Te quise de más Rosendo, fuiste el único amor de mi vida, te perdono, pues eras como un chiquillo travieso. Cómo te faltó tu madre para criarte con amor, creciste solito y sin rumbo, nunca supiste distinguir lo bueno de lo malo, ni lo que realmente querías, te comprendo, no me importan las otras mujeres, nunca les pusiste casa.

En San Francisco “poner casa” según la costumbre, era establecer una relación formal, lo demás era “andar por ai” como se disculpaba Rosendo ante Chayo, cosas de machos, hasta cierto punto dispensadas y aceptadas por el pueblo.

Rosario se le acercó al oído, como si éste la pudiera escuchar, le musitó quedamente muchas cosas, tantas que siempre le quiso decir. Mientras de afuera, entraban por la ventana las notas de la guitarra y la voz de un trovador cantando “El

andariego”, melodía favorita de Rosendo. Sin ninguna prisa para pedir que lo condujeran a la sala donde se velaría, antes de cerrar la tapa del féretro, lo abraza fuertemente, percibe el fuerte olor de alcanfor desprendido del saco, combinado con el aroma de la loción que usaba siempre. Con toda la ternura y el cariño contenido le dice muy quedo:

—Rosendo, fuiste de Dios, luego del mundo, mañana de la tierra, pero ahorita mi amor, eres mío, solamente mío.